

# LA REPÚBLICA RESTAURADA, ¿FRUTO LOGRADO?

*José MIRANDA*

SEGURO ESTOY de que muchos historiadores sentirán gran contrariedad o desazón cuando se asomen al primer tomo de la *Historia moderna de México* de don Daniel Cosío Villegas, que lleva como título *La República Restaurada*. Y estoy seguro de ello porque el contacto inicial con la vanguardia de dicha obra tendrá que sacudir las convicciones de los historiadores formados en escuelas metódicas y disciplinadas, obligándolos a pensar si no habrán tirado por mal camino, si los principios y normas a que se asen no carecerán de fundamento y sólo serán espejismos provocados por el deseo de seguridad o la inclinación natural a la comodidad y lo trillado; pues ¿cómo no ha de sacudir y hacer dudar a los historiadores “rigurosistas” una obra que parece salirse mucho de lo “generalmente admitido”, y que a pesar de ello ostenta las rotundas líneas y los firmes colores de los frutos logrados? Aquella sensación no pasará, sin embargo, de ser el efecto de una primera impresión, la reacción pasajera ante la imagen superficial que nos solemos formar antes de que la mirada perseverante descubra, y la reflexión serena relacione o junte, los hilos de lo fundamental.

No faltarán (de sobra lo sabemos) críticos atascados en la primera impresión, que repudiarán la obra por encontrarle “terribles defectos”, verbigracia: la intervención de un criterio “poco serio” (descubrir al villano, o a quien o quienes impidieron que las cosas dejaran de ocurrir de una manera mejor que la real); el procedimiento “inseguro” empleado por el autor para la selección y el acopio de los datos (no hizo esto, en su mayor parte, por sí mismo, sino mediante auxiliares bisoños); la “arbitraria” periodización que introduce (tras-trocadora de la comúnmente acatada), y la modalidad “in-

adecuada” —metafórico-literaria— que adopta en la redacción de los títulos encabezadores de partes y capítulos. Pero si bien se mira y reflexiona —si se mira y reflexiona como dijimos antes—, esos defectos, aun en el caso de que los tuviera por tales, serían de poca monta, ya que no afectan verdaderamente a la entraña de la obra, ni al cometerlos traspasaría don Daniel los límites de libertad de elección —de criterios, formas, etc.— en que puede moverse con toda licitud el historiador.

Y si los defectos que pudieran atribuirse a *La República Restaurada* son, por mucho que se los “estire”, de escasa entidad, ¿no los desvanecen o atenúan considerablemente las virtudes o excelencias fundamentales que notoriamente muestra aquélla?

Entre las más relevantes de estas virtudes se halla la sólida construcción; el tener la obra una fábrica recia y bien trabada: un asiento amplísimo y compacto de datos extraídos de fuentes directas —materiales, por tanto, de las mejores canteras—, y un discurso armador bien afirmado en el cimiento fáctico y enlazado de manera coherente. Y ¿no es esto, ante todo, lo que la crítica exigente reclama de la obra histórica? Si ésta no cumple en lo tocante a los datos, por no ser adecuados o suficientes, o si no cumple en lo tocante al discurso armador, por padecer de incongruencia; si esto ocurre, aquella crítica fulminará a la obra con los terribles rayos de sus juicios desfavorables, cuyas marcas infamantes no se quitan con nada. Pues bien, aunque no estamos nosotros en situación de apreciar si en cada punto ha seguido don Daniel las normas fundamentales del método histórico implícitas en lo susodicho, sí nos hallamos en condiciones de emitir, basándonos en el examen de conjunto y el análisis general del montaje de la obra, el juicio con que comenzamos este párrafo.

Más sobresaliente aún que la virtud antes mencionada sería la de la aguda generalización o interpretación comprensiva. A las generalizaciones o interpretaciones comprensivas se dirige la construcción, de la que son las obligadas salidas o las desembocaduras naturales. Y es precisamente en esta coronación o remate de la construcción, que constituye por cierto la parte más esencial de la labor histórica, en la que el

genio —bueno— de don Daniel brilla con más esplendor. Ahí están para mostrarlo las cincuenta y pico páginas del capítulo “Herencias y legados”, que son, sencillamente, preciosas. Para los grandes trechos de espacio histórico que se han extendido bajo su vista —es decir, los que ha dominado parceladamente por la reiterada exploración—, tiene Cosío, cuando se remonta con fines interpretativo-comprensivos, visión de águila caudal, facilidad prodigiosa para captar los trazos esenciales —los sentidos y las significaciones— del inmenso cuadro panorámico colocado ante él; y, singularmente para lo subterráneo, escondido o disfrazado, visión de zahorí, habilidad sin igual para penetrar en lo recóndito o tras las máscaras y descubrir las causas o móviles de conductas o acciones individuales y sociales, causas o móviles que servirán como “reductores” para la interpretación o la síntesis, pues le permitirán reducir a unidad o verter en un solo molde “significativo” infinidad de manifestaciones de la vida humana pretérita.

Sólo las anteriores virtudes —virtudes propiamente históricas— de *La República Restaurada* bastarían para consagrar a Cosío Villegas como notable historiador y para colocar a aquella obra entre la flor y nata de la historiografía contemporánea. Pero todavía habría que reconocer al primer vástago histórico de don Daniel otras excelencias, algo marginales a la historia éstas, aunque por lo general redunden mucho en beneficio de ella.

De dichas excelencias hay una que raya en lo extraordinario, y que a nuestro juicio reviste a la obra de un gran valor más, quizá de su mayor valor, al volverla sumamente trascendente. Me refiero a la enorme labor removedora que ella realiza. Brilla aquí también esplendorosamente el genio —¿malo?— de don Daniel. ¡Y qué gran servicio presta con esa labor a la historia! Sobre un inmenso espacio de gleba seca y apelmazada, de terreno esterilizado por el tóxico, el juicio ligero y la interpretación inconsistente, Cosío Villegas va pasando por doquier el arado de la crítica más despiadada, trastrocándolo todo. Es probable, casi seguro, que don Daniel, arrastrado por la pasión de quien trabaja en menester de su gusto, haya ido a veces demasiado lejos y puesto “patas arri-

ba” cosas que debieran continuar “patas abajo”. Sin embargo, ello no menoscaba el mérito de esa magna obra de removimiento: quíerese o no, don Daniel ha abierto al cultivo, ha preparado, además de para la propia, para futuras siembras ajenas, un gran predio histórico “emborrascado”.

Otra de las excelencias es el sentimiento patriótico que late en todas las páginas de *La República Restaurada*. Quizá reste objetividad a ésta, pero le añade, en cambio, algo muy estimable en la historia de tiempos muy próximos a nosotros, emoción y sentido entrañablemente humanos, los cuales impregnan a conceptos, juicios, interpretaciones, etc., haciéndolos aparecer como elementos de un drama que vive —mejor sería decir sufre— el autor. Este añadido da a la obra de don Daniel acusados perfiles de historia pragmática, de historia que se propone enseñar o aleccionar a las generaciones actuales y venideras. Y en este aspecto cabe considerarla como una historia fuertemente orientada hacia el presente y el futuro; pues sus tiros —lo que cabría llamar descargas pragmáticas— se dirigen a blancos impersonales (ideas, actitudes, sistemas, etc.) que aún permanecen en la escena. No faltará por ello quien atribuya a *La República Restaurada* una intención política; pero ¿cómo no ha de tenerla una historia rebosantes de mensajes políticos? Y si el autor lanza esos mensajes de manera noble, con elevados propósitos; si tira la piedra sin esconder la mano, ¿qué se le puede reprochar?

Tan brillante balance de méritos no deja de ser empalmeado por uno que otro demérito. No son de considerar como deméritos a nuestro juicio, ya lo dijimos, aquellos defectos citados al principio que algunos críticos han colgado o colgarán a *La República Restaurada*. Pero sí, en cambio, otros, dos o tres a lo sumo, que tienen ya antecedentes en la obra histórica de don Daniel, en *La revuelta de La Noria* concretamente, a saber: la composición algo apretada y enmarañada, la exposición un tanto farragosa y el “hiperjuicismo”. Tiene don Daniel en sus escritos históricos una composición que (a nuestro entender, claro está) ganaría mucho si fuese menos recargada o apretada y procurara guardar el recomendado equilibrio y establecer la debida graduación entre sus

múltiples elementos; ganancia a la que habría que añadir, de seguro, la eliminación de la trama enredada y la exposición farragosa, vicios éstos que tienen su principal causa en el anterior. Justo es confesar que tales deméritos se han mitigado mucho en *La República Restaurada*, pero lo que de ellos subsiste, que no es poco, quita algunos quilates a la grandeza que en el ámbito esencial —en el terreno de la verdad, como se dice en tauromaquia— ha conquistado la obra.

Y, finalmente, un envío al autor: No creo, don Daniel, que sea posible compaginar, como usted, con la mejor de las voluntades, se propone, la forma de exposición científica, sabia o erudita —como se la quiera llamar—, con la vulgar o vulgarizadora; o, dicho de otra manera, la forma de transmisión del que sabe a los que saben con la forma de transmisión del que sabe a los que no saben o saben muy poco. Con su intento, sacrifica usted a los que saben, a quienes no puede presentar la obra con la precisión terminológica y el aparato informativo —para la comprobación— necesarios, sin que beneficie casi a los que no saben, muy por arriba de cuyo nivel ha tenido que quedar por fuerza *La República Restaurada*. No conozco ningún caso de una obra —y menos de una obra larga— de investigación que haya llegado a lo que se llama “el gran público”. Para aproximarse a éste no hay más que un expediente, el de la vulgarización plena, o sea el del escrito dirigido de lleno —por el contenido, la técnica, el estilo, etc.— al hombre culto corriente; y para esta aproximación, ¿no le parece lo más indicado un solo tomo, breve y sencillo, en que se resuma el contenido de los seis gruesos volúmenes que compondrán toda la obra?